



De Aficionados

LA pieza escogida para aquella función de aficionados fué el drama en tres actos y en verso de Alfredo Chavero, intitulado «Xóchitl»; las razones que expuso el director de la compañía para elegir el tal drama, se redujeron á dos, tan de peso y consideración, que no alcanzaron réplica ni provocaron desagrado; la primera—más de consideración que de peso—que la obra se debía á pluma de autor mexicano, y que con su representación se protegería la literatura nacional; y la segunda—razón que halagó á los incipientes cómicos—que los dramas de capa y espada—y cuenta que en ese drama sobrarían las capas y faltarían las espadas—son siempre del gusto del público.

Aunque poco entendidos en achaques de indumentaria, apechugaron cómicos y director con la representación del drama.

Hízose el reparto de los papeles: á un joven alto y enteco, el Hernán Cortés; porque para las entendederas del director,

Cortés debía de presentarse como el Quijote, amojamado y endeble; pues la escualidez de carnes se compadecería con la dureza de la armadura que llevaría el Conquistador en las tablas.

Doña Marina fué encomendada á una muchacha que ceceaba de lo lindo por la caída de dos dientes delanteros, y que movía desmesuradamente los ojos desde que revistero mendaz le dijo en diez sandeces, publicadas en un periódico, que sus ojos eran dos soles sin manchas ni eclipses; Xóchitl, á otra de rollizas carnes, baja de cuerpo y alta de voz, de ademán reposado y lengua ligera; Bernal Díaz, á un joven imberbe que mejor estaba para Gedeón de sainete que para capitán de tragedia; Gonzalo Alaminos á un rubio de larga nariz y gesto de vinagre, muy propio para poner serio á un casabel.

Así distribuídos los papeles, comenzaron los ensayos en casa particular en el principio; pero una vez que los actores en ciérne supieron de corrida el drama, se pasó la compañía al teatro.

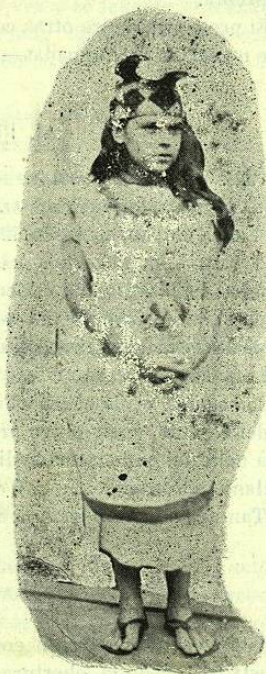
Los ensayos se hacían interminables, tanto porque Bernal y Gonzalo no sabían algunas tiradas de versos, cuanto porque algunas veces Xóchitl estaba con anginas, ó doña Marina con jaqueca, dos enfermedades de que casi siempre adolecían ambas mujeres.

El director de la compañía no se daba punto de reposo: del teatro al sastre y del sastre al teatro, arreglando las decoraciones y la tramoya, ó dando consejo y tela para los vestuarios; en el primer acto Hernán Cortés llevaría un jubón rojo, calzón amarillo y medias calzas de gamuza; para el segundo ó tercero—según las circunstancias—una armadura, toda ella de hojalata, porque se hizo de cartón por economía, y, como consecuencia natural, no sirvió ni para probarla; este incidente traía pensativo y cariacontecido al director y malhumorado al futuro don Hernando; pero como el director no era hombre que se echaba á llorar por esto de las dificultades, ni le descorazonaban fracasos, se fué pian piano en derechura á la hojalatería, donde, después de larga y discu-

tida conferencia, quedó el hojalatero comprometido á entregar la armadura la misma noche de la función, exactamente igual al modelo propuesto, el cual era una estampa de don Quijote en la aventura de los molinos de viento, estampa que pidió de prestado al barbero, de quien el director solía ser parroquiano; el traje de Bernal y el de Gonzalo serían sencillos, aunque no humildes; y no se necesitaría de feliz inventiva para confeccionarlos: calzones anchos de lustrina, medias y zapatillas y dos jubones plegados con sus correspondientes golillas; para con los de las mujeres no fué cosa de pensarlo mucho, que en cuestión de perifollos y embelecocos ellas saben arreglarse.

Esta delicadísima y un tanto aventurada idea de los trajes de época desvelaba á los cómicos y traía absorbido el seso y embargada la atención del director, quien se daba á todos los diablos por aquello de la armadura de Cortés; pero como todo tiene solución en esta vida, aunque sea cosa larga y difícil de obtener, al cabo el hojalatero mostró, orgulloso de su obra, un ejemplar de los brazales, que á alguno de los curiosos se le antojaron peroles, y ofreció por centésima vez que haría la armadura á precio cómodo y á la medida cabal.

Las muchachas que desempeñarían los papeles de doña Marina y Xóchitl estaban que saltaban de puro gozo por los trajes: una luciría un



huipil con una águila y su nopal, bordadas de *perfil* en la parte del pecho; cacles, cintas tricolores, el pelo suelto y un casquete con plumas, á guisa de airón, en la cabeza; la otra, doña Marina, casi con el mismo vestido, á diferencia del águila y del nopal. El director andaba sofocadísimo la víspera de la función teatral por tantas idas y venidas, ya á la imprenta, ya al teatro, ya al sastre, ya al hojalatero; los programas estaban tirados con letras grandes y en papeles de varios colores; los cómicos se los arrebatában de las manos para verse nombrados en tipos impresos, porque (sea dicho en honor de la verdad), seduce á actores primerizos y á poetas noveles el mirar sus nombres de pila en caracteres de imprenta.

El programa, entre otras cosas—que eran bien dichas por que no serían mal tomadas—decía:

AL PÚBLICO:

«LOS AFICIONADOS, AMANTES DEL PROGRESO DE NUESTRA TIERRA NATAL, PRESENTAMOS AL ILUSTRADO Y BENÉVOLO PÚBLICO DE ESTA CIUDAD, EL DESEMPEÑO DEL HERMOSO DRAMA HISTÓRICO DE UNO DE NUESTROS MÁS INSPIRADOS DRAMATURGOS NACIONALES, INTITULADO: «XÓCHITL», SIN ESPERAR OTRO LAURO QUE LA INDULGENCIA PARA NUESTROS HUMILDES TRABAJOS; EL PRODUCTO DE ESTA FUNCIÓN LO DEDICAMOS Á LAS MEJORAS MATERIALES DE NUESTRO PUEBLO, etc., etc.»

En seguida venía el reparto, en el cual, por entrometimiento del regente, que anduvo pródigo de tachones, no apareció esta nota del entusiasmado director:

HERNÁN CORTÉS . . . (Con *armadura* en uno de los actos.)
¡Tan desvelado le traía la armadura flamante y mentada!

* * *

Estamos en el teatro: la concurrencia es numerosa; la orquesta ha tocado la obertura «La Primavera» de Beristain:

los hombres se arremolinan en el *mosquete*—estrecho corredor llamado así quizás por largo y obscuro;—las mujeres no acaban de acomodarse en sus asientos, tal vez por ser muy incómodos; un campanillazo mete en silencio á los concurrentes y en sus lugares á los actores; el drama va á comenzar: algunos retardados dejan la cantina y corren á sus lunetas; se oyen tras de cortina carreras y martillazos; por los agujeros del telón de boca se asoman ojos inquirientes; el apuntador entra en la concha y enciende dos velas de esperma que á diestra y siniestra tiene; un maquinista se apodera de la cuerda del telón. ¡Bernal á escena! — se escucha entre bastidores;—otras carreras en el tablado, suena la campanilla por última vez y se levanta el telón.

Bernal Díaz aparece con una muy luenga barba de ermitaño de la Tebaida, que hace reír al monstruo que dice Voltaire.

¡Chis! ¡chis! ¡chis! ¡chissss!

No se escucha nada de lo que dicen aquellas barbas; de allí á poco se ve entrar á Gonzalo con una pera á lo caballero cruzado y unos bigotazos cuyas puntas se le subían hasta los ojos; vuelve á reír el público, y prolongados chis, chis, interrumpen la escena.

Gonzalo y Bernal se abrazan, y se sabe que hablan por los movimientos de la barba de Bernal y de los bigotazos de coracero de su cofrade; en cambio, el apuntador grita por ambos manoteando por cima de la concha:

—«Ha dirigido la guerra»

la guerra

—«¡Que es valiente y atrevido!»

y atrevido.

Y continuúa el apunte gritando, en tanto que los actores parecen sordomudos por que no se les ve más que hacer visajes; la escena vuélvese monótona y pesada para los comediantes, y bufa y grotesca para los espectadores; pues sabe el público del drama por los gritos del consueta.

Sale Xóchitl con paso de danza azteca, altos y extendidos los brazos, torva la mirada, fiero el ademán, ronca la voz, suelto el cabello y tremolante el penacho de plumas como de morrión miliciano; á esta dama sí que se le oye:

—¡Bernal Díaz, tu amparo necesito!

—¡Siempre tu amparo fui!—grita el apunte.—Y Bernal apenas mueve aquella barba que da gana de tirar de sus greñudos pelos.

—¡Eres tan bueno!—exclama clara y distintamente Xóchitl, amortiguando la voz chillona que sale de la concha.

—Sigue el diálogo de igual suerte, oyéndose á Xóchitl, y al apuntador por Bernal.

El público se impacienta, tose, cecea y da señaladas muestras de fastidio.

Le toca su vez á Cortés; sale con paso firme—cual conviene á un conquistador—puñal al cinto, ahuecado jubón, botas federicas—porque á última hora no sirvieron las medias calzadas—y rodante espuela; habla fuerte y campanudo mirando de soslayo al apunte, el cual grita á Bernal que no se le oye ni jota, aunque ponga empeño en ello.

Con beneplácito del público abandona la escena Bernal; queda sólo Cortés, y con clara y precisa recitación dice paseándose por el proscenio y dejando oír el taconeo de las botas y el rodar de las espuelas:

« Luchar desde que nací,
Y luchar eternos días;
Ambicionar alegrías;
Fama ansiar con frenesí;
Sentir al fin junto á mí
Los encantos de la gloria;
Robar su pluma á la historia,
Para que el mundo se asombre;
En ella esculpir mi nombre.
Y eternizar mi memoria. »

Prosigue hasta completar, casi afónico, una tirada de cincuenta versos, á tiempo que entra Xóchitl con una pluma menos en la cabeza y con el pelo entrenzado.

—«¡Ella!»—exclama Cortés como diciendo: ¡aquí fué Troya!

—«Señor, os buscaba»—grita Xóchitl.

—«¿Qué quieres?»

—En su delirio doña Marina.

(El público ahora solamente recuerda al apuntador por las manos que agita fuera de la concha.)

—«O que mata. tiene celos,

En su fiebre. se enfurece»

Y con propia y no interrumpida cantinela sigue Xóchitl la escena.

El drama alcanza la VI con la entrada violenta, más bien iracunda, de doña Marina; penetra hecha un brazo de mar, y en su precipitada marcha tira á rodar por el suelo el casco de Cortés que estaba en un taburete, sin duda para que los espectadores conjeturaran por la prematura presencia del casco en escena, la probable exhibición de la armadura, que ya andaba en lenguas por la boca floja del hojalatero.

—«Te llamaba el *ancia* mía.»

—«Te llamaba en mi *afición!*»

Y doña Marina, con retintín y asaz ceceosa el habla, y Xóchitl, con un vozarrón que ponía en silencio al apunte, formaban un dúo de urracas picudas y embusteras.

Después de un arrebato de celos por parte de doña Marina y de palabras de apaciguamiento por la de Cortés, manda éste á doña Marina á descansar de igual modo que nuestras abuelas mandaban á sus netezuelos á la cama: pronto y sin protestas.

Quedan solos: Cortés y Xóchitl; requiébrala el conquista-

dor en sonantes versos; pero de tan mala suerte, que la doncella, esquiva y recelosa, obliga á hacer mutis al Conquistador, que se marcha por el fondo diciendo para el público:

« Yo soñaba con la flor,
Y me despierta la espina! »

Vienen, para mayor juego escénico del drama, Bernal Díaz y Gonzalo; Bernal sin aquellas barbas patriarcales y Gonzalo falto del mostacho y de la pera caballeresca; cualquiera diría que se habían dado su pasada por la barbería.

—« Esperar aquí á Cortés
Puedes. No se qué recelo
Me da ese pliego, »

Dice Bernal con voz sonora que no desdeñaría un sochantre.

Gonzalo ve á Xóchitl como reconociéndola; se acerca á ella, y en melifluos tonos se produce un coloquio que de seguro Hartzembuch hubiera envidiado para sus heroicos cuanto inmortalizados « Amantes de Teruel; » el coloquio, como es de rigor para tramas teatrales, se interrumpe por un tercero, que aquí no fué el airado padre de la doncella, ni el cornudo esposo de la infiel, sino el propio Bernal, desbarbado, que importuno desbanda á aquella pareja amartelada.

Al verlos salir por opuestas direcciones, exclama con voz tonante:

« Contento se va el doncel
Contenta va la doncella »

Y hasta el público diríase contento por la desaparición de las barbas de Bernal, que en este momento las echó de me-

nos el auditorio por estar solo en la escena y tener todos ojos para él, puesto que ya se oía altamente su papel de capitán historiador y deslenguado.

Sigue un diálogo entre Bernal y Cortés, que concluye para salir Conquistador y capitán por una mal pintada galería; aún resuenan por las tablas las pisadas de los actores, cuando entra Marina con el cabello en desorden, las manos crispadas, frenética, con una iracundez capaz de poner miedo en el pecho más valeroso; histérica, terrible, poseída como la pitónisa de Endor, grita desaforadamente:

—¡« La traidora! ¡La traidora! »
Y cae el telón.

* * *

Los espectadores se levantan estrepitosamente de los asientos; salen los hombres, y las mujeres quédanse abanicando en palcos y lunetas; los músicos templan sus instrumentos; los corrillos se forman en el *mosquete*; se encienden los cigarros, y, entre humo y bostezo, se comenta la representación, siendo asunto de donosa burla las barbas de Bernal y el bigote de Gonzalo, de los cuales se supo en el entreacto (por chisme traído de entre bastidores), que fueron impedidos para hablar en las primeras escenas por los pelos de aquellos greñidos aditamentos que dieron en la manía de metérseles en la boca tan luego hacían diligencia y gana de articular palabra, y vinieron á ser los tales—mala sea la semejanza—mordaza para las antes tan calladas bocas.

Los amigos y parientes de los cómicos ganaron la puertecilla que conduce al foro; arriba todo era confusión y algazara; las mujeres hablaban hasta por los codos, y los actores recibían muy ufanos las felicitaciones de los visitantes al escenario; los maquinistas se estaban duermes, porque el tras-punte había ordenado que la misma decoración serviría para el segundo acto; el mozo de accesorios—que llaman aquí *utilero*—va de un rincón á otro trayendo lo necesario: una mesa la coloca en primer término preguntando diligente por

el velón que de rigor alumbraría sobre ella la escena; Marina está en su cuarto dándose la última mano de colorete para después pedir á Xóchitl el que le amarre las correas de los cacles, los cuales se le desataron con el paso de carga que empleó en la última escena por consejo del director—que andaba inquieto porque la armadura no llegaba todavía á las tablas, no obstante veinte recados para el pachorrudo del hojalatero;—escena fué esa en que simularía, según rezaba el texto del drama, estar presa de una pesadilla, y, por mala dirección, resultó el sueño de una sonámbula furiosa, buena para ser atada con una camisa de fuerza. Xóchitl, metida entre bastidores, sentada cuidadosamente para que no se le ajara el *huipil*, escuchaba sonriente las felicitaciones de sus admiradores; el escenario se puebla de gente; el director, hecho una sonaja—presumo que su alegría proviene de que la armadura entró al foro clandestinamente dentro de un costal—obsequia á los aficionados y brinda á las muchachas con copitas de Pajarete y *marquesotes* y *soletas*; al otro lado del telón de boca se oye á los músicos que todavía no acaban de templar sus instrumentos, ¡así son de perezosos! El rumor de las conversaciones del público domina todos los ruidos de fuera; en el centro del escenario se agita multitud locuaz que da órdenes, recibe pisotones, se apresura y afana como si cualquier retardo en las maniobras encomendadas á su preseteza fuera cosa de desquiciar el mundo; de pronto los músicos preludian el wals «Dolores»; entonces el foro toma un aspecto más ordenado, aunque no menos curioso: Gonzalo se pone á bailar con Marina, la cual ya está pintada de nuevo y lista de los cacles; Bernal—sin la seriedad que le prestaban las barbas ni la importancia de capitán del tiempo y de la calidad que requería el papel encomendado á su pericia—se lanza pronto y solícito en demanda de Xóchitl para pareja; pero Xóchitl—que está metida entre bastidores y no mueve pie ni boca desde que se echara el telón—no quiere bailar; Bernal pregunta la causa de tan obstinada quietud, y Xóchitl, por única respuesta, muestra un pie estropeado por la bota de Cortés en una de las escenas más culminantes del

drama; Bernal no se da por desdeñado, Xóchitl no se hace de rogar, y alegres y saltarines y ligeros bailan el wals.

Cesa la música; suena la campanilla, y todos aquellos curiosos impertinentes se precipitan en volandas por la puercecita del foro.

—¡Cada quien á su lugar!—este anuncio preventivo del traspunte desembaraza la escena.

—¡¡Todavía no!!—grita Cortés desde su entonces cuarto de vestir.

El director vuelve á sonar la campanilla.

Xóchitl y Marina se disputan por última vez uno de los agujeros del telón, al cual se acercan curiosas para mirar alternativamente á la concurrencia, espectáculo para ellas muy interesante.

—Allá está el licenciado. ¡tan criticón!

—¿A ver?

—Mira en aquel palco á (se pega al oído de Marina y le dice un nombre.)

—¡Sí, él es!

—¡Cuánta gente!

¡Tilín, tilín, tilín!

—¡Fuera! ¡Fuera!

—Bernal—dice el traspunte alumbrándose con una vela de esperma que sin candelero lleva en una mano, mientras que con la otra hojea un manuscrito—siéntate delante de la mesa; y tú, Xóchitl, á su derecha en ese sillón.

Xóchitl, á la voz de mando del traspunte, deja el agujero del telón, y Marina se oculta entre bastidores.

El llamado *telonero* está con la cuerda en las manos esperando el campanillazo del consueta que saca la cabeza de entre la concha, enciende sendas velas y abre el libro sobre el atril.

Tilín, tilín, tilín. ¡Rás!—¡Rás!—¡Rás!

Se levanta el telón.

Los espectadores no han acabado de colocarse en sus respectivos asientos; las toses continuadas, las pisadas repetidas sobre el entarimado, el golpe de las sillas en los palcos,

al chichear del público que intenta poner silencio donde él metía ruido, forman una algarabía por la cual no es posible oír palabra de lo que dicen los actores, aun aguzando los oídos.

Pasó lánguida la primera escena sin que casi el auditorio percibiera lo dicho por los personajes del drama; comienza la segunda con un soliloquio largo y denso para dicho en redondillas; pero se concluye la fatiga con la presencia de Gonzalo, quien viene á pelo para animar á Bernal que parece temeroso de verse solo en el proscenio; departen amigablemente Gonzalo y Bernal, y á renglón seguido entra Cortés.

Hay un movimiento en el público, de sorpresa primero, de burla después, resolviéndose, por último, en un prolongado murmullo salpicado de alegres y francas y altas y locas carcajadas.

Cortés viene con la resplandeciente armadura de hojalata ajustada á su cuerpo enteco; y la cabeza, erguida por el gorjal que le oprime el cuello desastrosamente, estaba del todo oculta dentro de un bacinete, á manera de celada, que el hojalatero quiso hacer casco y que no llegaba, ni con esfuerzo, á yelmo, aunque llevara visera movable con ranuras horizontales; en la coraza, el peto amplio y liso, sin arista en la parte media; los guardabrazos sin codales y las manos sin manoplas ni guanteletes; el peto—que tiene forma que va para corazón—carece en la parte inferior de volante con launas para pender las escarcelas; tiene musleras y grebas, pero no rodilleras y escarpes; hacía una figura asaz ridícula con tan quijotescos arreos, que eran suplicio más que lucimiento para el personaje de Cortés.

Y al punto que quiso hallar diligencia en los brazos y además en las manos, comenzaron los brazales á correr peligro de caerse; y tan luego que habló y movió la cabeza, el cordelillo con que fué asegurada la armadura—á cambio de hebillas y correas—fué ludiendo en parte, quedando el peto solo sostenido de un espaldar; aquí de los apuros de Cortés que sufría tanto como en la Noche Triste; llevóse ambas manos

al vientre, cual si le atormentaran retortijones de tripas, y quiso hablar en medio de la más espantosa rechifla que hayan escuchado orejas de cómicos de la legua y de oradores oficiales por días de fiestas patrias; y la visera se le vino presto á los ojos; hizo gana de andar, y las musleras y grebas crujieron; á pie firme y con los brazos en jarra, echó el papel por aquella boca pronta á maldecir desde el venerado casco de Mambrino hasta la invicta armadura del Cid; el embarazo le ensordecía y mal repetía el verso que el apunte le daba; y allí del tartamudear, y hablar monosílabos, y soltar desatinos, y hacer el papel muy largo y la armadura más molesta: por la justificada hilaridad del público—sea dicho á despecho del Conquistador—la tragedia se volvió sainete.



gedia se volvió sainete.

Bernal, en tanto, se quedó estupefacto ante aquel fracaso mayúsculo de cosas de caballería andante; no encontraba medio en su reducido caletre de salvar el trance: quitarle la armadura á Cortés en plena escena, sería desacato; ajustarle el peto, sería insubordinación, y resolvióse por salir del proscenio dejando al Conquistador hecho un estafermo mientras el respetable público reía á más y mejor, y de las *altas galerías* bajaba desatado turbión de silba amenazante y dura.

El director estaba furioso contra el hojalatero—á quien,

por un trasporte de alegría, le pagó la hechura con plata sonante;—pedía que se lo trajesen para golpearlo; arrojó sapos y culebras por su boca colérica, y juró y volvió á jurar que cuando amaneciera acusaría al hojalatero de fraude y estafa; por todas estas bravatas, que eran proferidas de bastidores adentro, Marina se desternillaba de risa y Xóchitl lloraba de lo mismo; el apuntador también soltó el trapo á reir; todo lo cual sacaba de quicio al director que mandaba á donde el diablo soltó las botas á comediantes y comedias, y maldecía de armaduras y hojalateros; el encargado del telón al ver á don Hernando en situación tan crítica, aunque pasaba por poco avisado, fué más caritativo: soltó la cuerda y el telón cayó rápido; entonces los músicos, rientes todavía, tocaron de memoria una danza para sofocar la grito del público que pedía frenético: ¡¡Otro!!..... ¡¡Otro!!..... ¡¡Otro!!..... como si fuera cosa de repetirse el suplicio de un Hernán Cortés aherrojado con hojalata y silbado en una que esperaba hacerla gloria teatral eterna.



XXII

Bailes de Cruz



IVA el padrino!.....

Y la danza suena en los pitos y las palmadas en las manos y el vocerío en mil bocas llenas de regocijo.

Los músicos vuelven á la interrumpida danza y las parejas prosiguen el baile, llenando toda la sala con sus movimientos y sus sonrisas, y los espejos con sus figuras gentiles y sus prendidos galanos.

El padrino, designado por una medalla colgada al cuello como dogal de coyunda de que no podrá librarse, á su vez pone la cinta á la joven de su gusto que se encuentra en la fiesta..... vuelve la concurrencia á vitorear á la madrina, tocan diana los músicos, gritan los espectadores y bailantes, y vuelve á reanudarse la danza.....

Estos bailes se denominan «bailes de cruz», porque anual-

CAPITULO V. FERIA